



S. GUILLELMO, ARZOB.

semejante dia los intereses temporales á los deberes de la religion! Asiste hoy á los divinos oficios y á la misa mayor con piedad y con edificacion, sin que te lo estorbe ningun embarazo, ningun negocio que pueda sobrevenir, respondiendole que primero es Dios que todo; y en todas las ocasiones que ocurrieren en este dia, pórtate de manera, que visiblemente sea Dios preferido, y servido antes que todos.

Toma media hora de tiempo para examinar seriamente en qué cosas has dado hasta aquí mas frecuentemente la preferencia á las criaturas con perjuicio del Criador; cuántas veces has dejado á Dios por los hombres; cuántas un interés temporal, una vana diversion, un respeto humano, una cobarde condescendencia, te han impedido cumplir con las obligaciones de cristiano. Ténlo todo presente para acusarte de ello en la primera confesion, y sirvate esto mismo de materia de meditacion en esta noche, para que, arrepentido verdaderamente de tu cobardía y de tu pasada infidelidad, pidas perdon á Jesucristo, prometiéndole que en adelante con el socorro de su divina gracia le preferirás á todo lo criado.

DIA DIEZ.

SAN GUILLELMO, ARZOBISPO DE BOURGES.

Fué san Guillelmo de la nobilísima casa de los antiguos condes de Nevers, y nació hácia la mitad del siglo duodécimo. Criáronle sus padres con el mayor cuidado en el temor santo de Dios; pero su bello natural y su inclinacion á la virtud facilitaron mas que todo el efecto de la buena educacion. Habiale prevenido

Dios con todas las disposiciones de la naturaleza y de la gracia que eran necesarias para los grandes designios á que le destinaba su amorosa providencia. Un ingenio vivo, sólido, eminente, capaz de todas las ciencias; un juicio perspicaz, claro y derecho; un corazon noble, generoso, dócil; unas modales gratas, apacibles, naturalmente políticas y cultas; un sumo horror al pecado, una sublime idea de Dios, y una inclinacion natural al retiro y á la vida interior.

Descubrió luego estas prendas en el niño Guillermo, Pedro el Ermitaño, tio suyo materno, arcediano de Soisons, hombre ejemplar y sabio; y enamorado de ellas, se encargó él mismo de ser su maestro en los estudios. Hizo en ellos maravillosos progresos el discípulo, acreditando la enseñanza de tan insigne maestro: en poco tiempo fué mas sabio de lo que correspondia á sus años; pero todavía fué mas virtuoso y mas santo. Desde entonces aprendió á despreciar todas las grandes esperanzas que el mundo, su nacimiento y sus bellas prendas podian prometerle; y, haciendo únicamente estimacion de los bienes eternos, se dedicó al estado eclesiástico. Apenas abrazó este estado, cuando le hicieron canónigo, primero de la iglesia de Soisons, y despues de la de París. En una y en otra, su modestia, su gravedad, su circunspeccion, su sabiduría y su vida ejemplar fueron la admiracion de todos y el modelo de los eclesiásticos.

Pero aunque el estado que acababa de abrazar era tan santo, como le llamaba Dios á un grado de perfeccion tan eminente, le estaba siempre inspirando ardentísimos deseos de vida mas retirada. Cuando se consideraba en medio del mundo, rodeado de tantos peligros, se llenaba de temor. Las dignidades eclesiásticas le parecian títulos llenos de pesadumbre y de peligro, y los beneficios de mayor renta, redes de mayores lazos. Todas sus ansias, todos sus suspiros

eran por el desierto de Grandmont, de que se habia enamorado sumamente. Florecia en él con todo el rigor de la primitiva observancia el nuevo orden religioso que habia fundado san Estevan el año de 1076, haciéndose mas estimable el nuevo instituto por la vida austera que practicaban los monjes. Guillermo renunció generosamente sus beneficios y prebendas con todas las grandes esperanzas que le prometian su sangre y sus insignes méritos; y cerrando los oidos á los engañosos halagos de la carne y sangre, pidió ser admitido en el monasterio. Recibiéronle como un don venido del cielo, y desde luego comenzó á portarse con tanta regularidad y tan singular edificacion, que, admirado el abad de aquel prodigio de virtud, no se pudo contener sin alabarle en un concilio pleno, á presencia del papa Inocencio III y de todos los preladados y padres que habian concurrido á él.

Disponiase nuestro santo para hacer su profesion en el monasterio de Grandmont, cuando el demonio, zeloso de los progresos que habia de hacer el nuevo instituto con un sugeto tan insigne, excitó en el monasterio tan furiosa y deshecha tempestad, que faltó poco para que pereciese en ella toda la orden. Introducido infelizmente el espiritu de division en aquella santa casa, presto oscurecio su resplandor y su lustre. Empleó nuestro santo toda su aplicacion, todo su desvelo, todo su crédito, toda su reputacion, todos cuantos medios le pudieron sugerir su sabiduría, su zelo y su industria, para restituir á ella la paz y la union, que andaban desterradas; pero todo fué vano. Y viendo en fin que cada dia se enconaban mas los ánimos y los corazones, y que no podia reinar el espiritu de Dios donde no reinaba la paz, resolvió pasarse al orden del Cister, tan célebre por el gran número de santos que ya entonces contaba, y por aquel espiritu de regularidad y de retiro que reinaba

en todo su vigor, haciendo al orden cisterciense uno de los mas florecientes de toda la Iglesia. Tomó el hábito en el monasterio de Pontigny, donde hizo su profesion con el fervor que habia crecido todos los dias en su noviciado, y en poquísimo tiempo fué cabal modelo de la perfeccion religiosa.

No contento con haber dejado el mundo, quiso dejar hasta la memoria de él. La soledad perfeccionó su recogimiento interior; y hallando en el retiro todo el alimento que podia desear para nutrir el singular amor que profesaba á la oracion, no perdía de vista á Dios ni un solo instante. Su modestia, su devocion, su puntual asistencia á los divinos oficios, alentaban á los menos fervorosos. Bastaba verle en el altar ó en el coro para moverse á recogimiento, y aun para experimentar la devocion sensible. En el sacrificio de la misa sentia siempre tanto fervor, que derramaba copiosas lágrimas hasta dejar humedecido el altar, confesando de sí mismo que se hallaba tan penetrado de ternura, de respeto y de reconocimiento al Salvador del mundo cuando le consideraba víctima incruenta inmolada en los altares, como si lo estuviera viendo con los ojos corporales crucificado en el Calvario.

Sus penitencias correspondian á su devocion. Aseguraba él mismo que le servian de verdadero tormento los alivios que era preciso conceder á la necesidad de la naturaleza. Tantas y tan eminentes virtudes llenaron de envidia y de inquietud al infierno. Puso en movimiento el demonio cuantas máquinas, cuantos artificios pudo discurrir para tentarle; pero en los ejercicios de penitencia, de oracion y de humildad halló nuestro santo todas las armas que habia menester para rebatir todos sus esfuerzos. Sobre todo la devocion á la santísima Virgen fué el principal escudo que le sirvió para defenderse. Decia que despues de Jesucristo tenia colocada toda su confianza en la

Madre de misericordia; y los auxilios que esta Señora le consiguió por toda la vida, le hicieron salir siempre victorioso del infierno junto.

La soledad era toda su delicia; pero se atendió menos á su inclinacion que al gran concepto que se habia formado de su prudencia y de su piedad. Hicieronle abad de Fuente Juan, y despues de Chalis, donde servia de consuelo á la violencia que le habian hecho precisándole á aceptar aquel cargo, el horrible desierto donde estaba colocado el monasterio, y la esperanza de acabar sus dias en aquella soledad; pero Dios lo habia dispuesto de otra manera para su mayor gloria. Despues que por espacio de quince años fué modelo de abades santos, quiso el Señor que tambien fuese modelo de santos obispos.

Gobernaba Guillelmo sus monjes con tanta dulzura y con tanta prudencia, que se hizo dueño de los corazones de todos. Vivía con sus súbditos, como si fuera el menor de todos, con una humildad profunda, con una pureza de corazon y de espíritu inviolable, con una franqueza y una naturalidad indecible, con una abstinencia y una mortificacion de sentidos y pasiones general y sin reserva; y lo que asombraba mas á todos, era que, en medio de tanta austeridad, la cual por lo comun se comunica al humor y al temperamento haciéndole cetrino y melancólico, él conservaba una continua apacibilidad, un despejo y una habitual alegría, que, saliéndole del corazon, se derramaba por el semblante, y se dejaba ver en todas sus acciones.

No pensaba en otra cosa que en santificarse á sí y santificar á sus monjes, en la quietud y en la oscuridad de la vida monástica, cuando el año de 1200 vino á vacar la silla arzobispal de Bourges por muerte del arzobispo Henrique de Sully. Resolvió el clero de aquella metrópoli hacer eleccion de un prelado que fuese digno de serlo por su virtud y por sus méritos

personales. Florecia entonces el orden cisterciense en hombres insignes, cuya santidad era la edificacion de todo el orbe cristiano. Esta misma multitud de sugetos en que escoger embarazaba la eleccion del clero. Recurrió á Odon, obispo de París, hermano del arzobispo difunto, suplicándole viniese á asistirle con su direccion y consejo, para asegurar el acierto en negocio de tanta importancia. Luego que llegó el obispo de París, le propusieron al abad de Chalis, con otros muchos abades, todos de santidad conocida. Era Odon hombre de una gran prudencia y de una eminente virtud, y se tomó tiempo para consultarlo con Dios por medio de la oracion y el ayuno. Al dia siguiente mandó escribir los nombres de todos los abades propuestos en cédulas separadas; y poniéndolas sobre el altar mientras celebraba el sacrificio de la misa, hizo á Dios aquella oracion de los apóstoles cuando se habia de llenar la plaza vacante en el sagrado colegio: *Vos, Señor, que conocéis los corazones de los hombres, dadnos á entender el que vos habeis escogido*. Declaróse la divina Providencia por nuestro santo, y todos prorumpieron en demostraciones de alegría, rindiendo solemnes gracias al cielo.

Cuando llegó á los oídos de san Guillelmo la noticia de su eleccion, se afligió tanto, que resolvió evadirse, huyendo ocultamente. No fué posible lograrlo; pero tampoco lo fué el vencer su repugnancia. Viéndole inflexible los diputados de la iglesia, hicieron recurso al general del Cister y al legado de la santa Sede. Mandáronselo en virtud de santa obediencia, y fué preciso obedecer; pero á todos se hizo visible lo mucho que le costaba este sacrificio. Arrancóse con increíble dolor de sus religiosos de Chalis, y fueron recíprocas las lágrimas de unos y de otros. En Bourges fué recibido como un hombre enviado del cielo. Consagraronle, y en su consagracion se le comunicó sen-

siblemente la plenitud del sacerdocio. Revestido de él, entregó totalmente su aplicacion á imitar al soberano Pastor en toda su conducta. Al amor de la soledad sucedió el zelo por la salvacion de sus ovejas. Visitó su arzobispado con tanta caridad, que parecia iba pegando fuego en todas partes. Predicaba, enseñaba la doctrina, administraba los sacramentos, visitaba á los pobres en los hospitales, consolábalos, socorriálos; y haciéndose todo á todos, ganaba á todos para Jesucristo, sin que hubiese pecador tan obstinado que se resistiese á la eficacia de su zelo.

Ni su dignidad ni sus inmensos trabajos le obligaron jamás á remitir en algo sus excesivas penitencias. Nunca dejó el hábito religioso, ni mucho menos el espíritu de monje. Observaba los ayunos de la regla con el mismo rigor que si estuviera en el claustro. No probó cosa de carne, aunque se servia en su mesa siempre que habia convidados. Su palacio estaba abierto para todos; solo estaba cerrado para las mujeres, con las cuales nunca hablaba sino en caso muy preciso, y entonces en la iglesia. Calificábase de nimiamente rígida esta severidad; pero respondia siempre que un obispo nunca podia ser nimiamente rígido en esta materia. Habiendo sido arrestados ciertos diocesanos suyos por haber defendido los derechos de la Iglesia con mas zelo que prudencia, no perdonó diligencia alguna con los jueces para que les diesen libertad; pero, viendo que eran inútiles todos sus oficios, se puso á la puerta de la cárcel, resuelto á no salir de allí hasta lograr el fin de sus caritativas instancias. Esta caridad ablandó el corazón de los jueces, y dieron libertad á los encarcelados.

Por muchas y graves ocupaciones que tuviese, jamás abrevió, ni mucho menos omitió, ninguno de sus ejercicios espirituales. Todos los dias tenia dedicadas algunas horas que infaliblemente pasaba en un pro-

fundo recogimiento y retiro. Tenia siempre la muerte delante de los ojos; y acostumbraba decir que este pensamiento era un soberano remedio para todas las enfermedades del alma; siendo su mayor consuelo asistir á los moribundos. Su liberalidad con los pobres era una prueba concluyente de su desinterés; y repetia muchas veces que no habia cosa mas indigna de un obispo que atesorar dinero. A los pobres, los llamaba sus acreedores; y cuando repartia entre ellos casi todas sus rentas, decia con gracia: *Vamos poco á poco saliendo de trampas y de deudas.*

Pero en medio de una santidad tan eminente no se libró de aquellas pruebas con que suele Dios purificar la virtud de sus siervos. Padebió algunas persecuciones por parte de aquellos á quienes incomodaba su exacta regularidad, porque era censura de su desarreglada vida. Los ministros del rey Felipe Augusto ejercitaron por algun tiempo su paciencia; pero triunfó de todo con la dulzura y con la humildad. Animado de un ardiente zelo por la gloria de Dios, se disponia á ir á combatir la herejia de los Albigenses, cuando el cielo le dió á entender habia llegado el tiempo de recibir el glorioso premio de tantas otras victorias.

Hallóse muy indispuerto el dia de Reyes; mas no por eso dejó de predicar como lo acostumbraba. Dió principio á su sermon por estas palabras: *Esta es la hora de salir del letargo en que hemos estado hasta aqui;* y al acabar el sermon, se despidió de su pueblo. Como todos estaban persuadidos de que se hallaba dotado del don de profecia, nadie dudó que pronosticaba su muerte. El dolor del auditorio se comunicó presto á toda la ciudad, donde fué general el llanto y la tristeza. Apenas se retiró el santo á su casa, cuando pidió que le administrasen los sacramentos, que recibió con singularísima devocion y con particular ternura. Pasó hasta el dia 10 en oracion casi continua y en una

íntima union con Dios, pronunciando sin cesar los dulcissimos nombres de Jesus y de María, en quienes tenia colocada toda su confianza. Aunque siempre habia dormido sobre un poco de paja, quiso tener el consuelo de morir sobre la ceniza y el cilicio. En fin, habiéndose querido esforzar á rezar los maitines del dia, al acabar el primer salmo, rindió tranquilamente el espíritu al Criador, el dia 10 de enero del año 1209.

Hizo su muerte en los corazones de todos el efecto que hace ordinariamente la muerte de los santos. Cada uno lloraba á su pastor, á su protector y á su padre. Todos querian besarle los piés, invocando su intercesion para con Dios, y refiriendo cada cual alguna maravilla ó milagro de su vida. Antes de morir mostró deseo de que su cuerpo fuese enterrado en su querido desierto de Chalis; pero toda la ciudad de Bourges se puso en armas para conservar este tesoro. Fué, pues, sepultado en la iglesia metropolitana de dicha ciudad, celebrándose sus funerales con tanta solemnidad y con tanto concurso de los pueblos comarcanos, que pudo parecer testimonio de que ya desde entonces le veneraba la ciudad como uno de sus patronos. La fama y la multitud de milagros obrados en su sepulcro movieron al arzobispo Girardo, sucesor de Guillelmo, á elevar de la tierra el santo cuerpo, ocho años despues de su muerte. Hiciéronse despues las informaciones en órden á su canonizacion por autoridad del papa Honorio III, y se celebró la ceremonia en Roma con el mayor aparato el dia 2 de julio de 1218, al noveno año de su dichoso tránsito, mandando el Papa por una bula que se celebrase su fiesta en la universal Iglesia. Conserváronse sus reliquias en la catedral de Bourges hasta el año de 1562, en que los Hugonotes, de quienes parece se valió el infierno para vengarse de los santos en sus preciosos despoios,

quemaron el cuerpo de san Guillelmo con execrable impiedad, arrojando sus cenizas por el viento, despues que tomaron y saquearon la ciudad. Su culto se ha perpetuado en Bourges y en otras partes, siendo reverenciado por uno de los santos protectores de Francia.

SAN GONZALO DE AMARANTE, CONFESOR.

En uno de los pueblos del reino de Portugal llamado Tagilde, y antes Atanagilde, perteneciente al obispado de Braga, nació san Gonzalo de Amarante, brillante ornamento del orden dominicano en los principios de su establecimiento. En su misma infancia dió señales nada equívocas de su futura santidad; lo que determinó á sus padres á ofrecerle al Señor en holocausto, y no omitiendo los medios que pudieran contribuir al logro de sus intenciones. Apenas hubo llegado á la edad de la razon, le buscaron por maestro á un sacerdote venerable, á fin de que le educase en buenas costumbres, y fomentase sus piadosas ideas. Perfeccionado en semejantes principios, y deseosos los padres de mayores adelantamientos, le presentaron al arzobispo de Braga, quien, notando en el semblante del jóven una singular modestia y admirable cordura en sus palabras, le admitió en su familia con suma complacencia; y viendo sus progresos en la virtud, y su inteligencia en los estudios eclesiásticos, á la edad prefijada por los cánones, le ordenó de sacerdote, y á poco tiempo confió á su cuidado la abadía de san Pelagio. La carga de tan grave ministerio excitó el zelo de san Gonzalo; y persuadido que para animar á los hombres tienen mas eficacia las obras que las palabras, desde luego se puso en el pié de

alentar á sus feligreses con el ejemplo. Abrazó la frugalidad en la comida, satisfecho con el preciso alimento; cubrió su cuerpo con el vestido mas despreciable, observó inviolable la castidad y pureza, manifestóse humilde de corazon, y no quiso sobresalir en otra cosa que en las limosnas; así es que mirándose como un mero administrador de los bienes de la Iglesia, los invertia en socorro de los pobres, que le llamaban padre á boca llena.

Con esta serie de vida inculpable, continuó por algunos años Gonzalo en su monasterio; pero como la materia frecuente de sus meditaciones, que eran los misterios de nuestra redencion, le encendiese en vivos deseos de visitar los santos lugares en que se obró esta; dejando por vicario de su abadía á un sobrino suyo, sacerdote, que habia criado desde la infancia, partió para la Tierra Santa en hábito de peregrino. Ocupó en visitar aquellos sagrados monumentos catorce años, sufriendo muchas incomodidades en el camino, pero compensadas con las divinas consolaciones de que fué inundada su alma. De vuelta de su peregrinacion, hallando que su sobrino no habia correspondido á sus esperanzas, se dedicó á reparar sus faltas predicando la fe evangélica en toda aquella region; y conciliándose en breve tiempo el respeto y veneracion de todas las gentes, edificó con sus limosnas una pequeña ermita, dedicada á la santísima Virgen, en cierto sitio inculto cerca del rio Tamaca, donde vivió como otro Pablo é Hilarion en el desierto, empleado en santas contemplaciones, y en el ejercicio de la predicacion. Concurriendo á la fama de su santidad y de sus milagros muchos personajes portugueses, se turbó la humildad del santo; y como pidiese al Señor le indicase el método de vida que mas fuese de su agrado, pasando una noche en oracion delante el altar de la Virgen, oyó una voz que le dijo: « Levanta, siervo

mio, y sigue entre las órdenes religiosas esparcidas por el mundo, al que oyes que da principio y fin á los oficios divinos con la salutacion angélica. » Siguiendo esta inspiracion, buscaba con diligencia este sagrado instituto; y como pasando un dia por Vimaro entrase en el convento de los religiosos dominicos, y notase que el oficio divino daba principio y fin con la dicha salutacion, convencido de que esta era la órden prevenida por la santísima Virgen, pidió el hábito con anhelo, y fué admitido con aprobacion universal de todos los religiosos. Pasado el año de noviciado, en el que dió sobradas pruebas de su fervor, de su inocencia y de sus eminentes virtudes, y hecha la profesion solemne, obtuvo licencia de sus superiores para volver al oratorio de Amarante á continuar sus funciones apostólicas.

La caridad del santo no se limitó á enriquecer con dones espirituales á los habitantes de aquella comarca. Sintiendo en el alma que las inundaciones continuas del rio Tamaca impidiesen á los fieles concurrir á sus sermones, pensó en fabricar un puente, y lo llegó á ejecutar con limosnas que recogió de los pueblos comarcanos, y en su construccion se refieren varios milagros. Los inmensos trabajos que padeció y el rigor de sus penitencias le debilitaron en términos, que cayó en una gravísima enfermedad; y conociendo se acercaba la hora de su muerte, se dispuso á recibirla con las preparaciones de la mayor edificacion, rogando á la santísima Virgen, su protectora, que le alcanzase la gracia de que no le perturbase el enemigo infernal. Su súplica fué oída, y agravándose cada vez mas, tuvo la dicha de que á su fallecimiento asistiese la Reina de los ángeles, acompañada de los coros celestiales, entre cuya comitiva entregó su espíritu al Criador, el dia 10 de enero de 1260.

Justificados los muchos milagros que en vida y despues de muerto obró el Señor por la intercesion de su siervo, con el heroismo de sus virtudes, le puso en el catálogo de los santos el papa Julio III, mandando se celebrase su festividad en el mismo dia de su fallecimiento. Además de esta, repiten otra los Portugueses en la octava de Pentecostes, con mucho concurso de aquel país, en Amarante, donde se edificó un monasterio suntuosísimo de religiosos dominicos, que enriqueció con cuantiosas donaciones el rey Don Juan el tercero. Su vida ha sido escrita por órden de Don Bartolomé de los Mártires, arzobispo de Braga.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Chipre, san Nicanor, uno de los siete primeros diáconos, el cual, siendo admirable por la eminencia de su fe y de su virtud, mereció recibir la corona de la gloria.

En Roma, san Agaton, papa, que, habiéndose hecho célebre por su piedad y su ciencia, murió en paz.

En Bourges, san Guillelmo, arzobispo y confesor, ilustre por sus milagros y por sus virtudes; fué canonizado por el papa Honorio III.

En Milan, san Juan el Bueno, obispo y confesor.

En la Tebaida, la muerte de san Pablo, primer ermitaño, quien, habiéndose retirado al desierto no teniendo mas que diez y seis años, vivió allí, solo, hasta la edad de ciento y trece años. San Antonio vió su alma que los ángeles llevaban al cielo en medio de una tropa numerosa de apóstoles y de profetas. Su fiesta se celebra el dia 15 de este mes.

En Constantinopla, san Marciano, presbítero.

En el monasterio de Cusan (*Cataluña*), san Pedro Urséolo, primeramente dux de Venecia, en seguida religioso del órden de san Benito, muy notable por su piedad y sus virtudes. Se celebra su fiesta el dia 14 de este mes.